

No pudo conseguirse un levantamiento general de los griegos, ya por la torpe dirección que á la agitación se imprimió, ya por la falta de sentido político de los insurgentes griegos que solo tendieron al robo y á la violencia. El desembarque de los rusos en Morea no tuvo éxito alguno, á pesar de haber ocurrido desde el primer momento una colisión entre griegos y turcos. Los griegos procedieron sin plan alguno; no se vieron protegidos por los rusos y, una vez alejados estos, tuvieron que sufrir la venganza de sus opresores. Alejo Orloff, aunque sin razón alguna, censuró enérgicamente la conducta de los griegos en aquella ocasión; y la emperatriz toleró aunque de mala gana aquel lenguaje de censura (1). La tentativa filohelénica, no exenta por cierto de egoísmo, había fracasado.

Voltaire había comparado la empresa de la emperatriz con la expedición de Anibal contra Roma, á lo cual contestó Catalina diciendo: «Los cartagineses tenían que habérselas con un coloso que estaba en la plenitud de sus fuerzas, mientras que nosotros nos encontramos enfrente de un débil fantasma cuyos miembros se disgregarán con solo tocarlos (2).»

Las victorias conseguidas en junio y en julio de 1770 demuestran que Catalina tenía razón: «La victoria, escribía á principios del año, es un enemigo de la guerra, y el comienzo de la paz: con la victoria la guerra desaparece y la paz se abre paso (3).»

A los pocos días, conseguían los rusos tres grandes victorias.

Después del mal éxito de la expedición á Morea, las tropas rusas volvieron á embarcarse y la escuadra permaneció en Navarino, cuyo fuerte volaron los rusos. Orloff estaba decidido á atacar á la escuadra turca, y después que hubo tomado el supremo mando de las dos escuadras de Spiridoff y de Elphinstone reunidas, escribió á la emperatriz en los siguientes términos: «Si Dios quiere destruir la escuadra enemiga, podremos obrar de comun acuerdo con los pueblos vecinos. Entonces no necesitaremos dinero alguno, porque dominaremos sobre todo el Archipiélago y podremos sitiarse por hambre á Constantinopla.» Por tanto estaba Orloff al acecho de la escuadra turca, á la cual dió alcance en las costas del Asia Menor, junto á la isla de Chio, donde los rusos consiguieron una victoria completa (24 de junio). Dos días después, lograron incendiar toda la escuadra turca en el golfo de Chesme (4).

Desde la batalla de Lepanto (1571) no habían sufrido los turcos derrota igual. El efecto que esta noticia produjo en San Petersburgo fué tanto mayor, cuanto que no se esperaba tal victoria después del desastre de Morea.

Ni el mismo fundador de la escuadra rusa, Pedro el Grande, había conseguido un triunfo semejante. El entusiasmo de Catalina se manifestó en muchas cartas, entre ellas una á Rumjanzoff á quien escribió que Dios había hecho un milagro y que pocos hechos tan grandes se habían realizado en el mundo. La emperatriz mandó además celebrar una fiesta

(1) Véase su carta á la emperatriz en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 43, nota; y la contestación de Catalina en la página 51.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 401.

(3) Ssolowieff, XXVIII, 105.

(4) Relación de A. Orloff á la emperatriz en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 54-55. Algunas cartas lacónicas pero expresivas de Spiridoff á Chernysheff se encuentran en Ssolowieff, XXVIII, 135 y otras de A. Orloff y de G. Orloff, en la *Russkaja Starina*, VIII, 708. No podemos decir si carecen ó no de fundamento los severos juicios de algunos contemporáneos sobre la conducta al parecer cobarde de A. Orloff. Ssolowieff ensalza los servicios de Iljin para incendiar la escuadra. Algunos atribuyen á los ingleses la principal parte de la victoria.

religiosa para conmemorar la memoria de Pedro el Grande, y recompensó pródigamente á los jefes de la escuadra (5).

En otra carta dirigida á Voltaire habla con gran satisfacción de esta victoria, diciendo al final: «En cuanto á la toma de Constantinopla, no está tan cerca, pero no hay que desesperar de nada en este mundo, y comienzo á creer que este suceso depende más de Mustafá que de ningún otro, pues si persiste en su obstinación, expondrá á su imperio á los mayores peligros (6).»

Los resultados de la batalla de Lepanto en 1571 no habían correspondido á las esperanzas que se tenían, pues entonces se creyó que era muy fácil, después de la batalla, atacar á Constantinopla é imponer á la Puerta la paz, y sin embargo se vió que el poder de la media luna solo había sido derrotado momentáneamente, para levantarse de nuevo al poco tiempo.

De la misma manera la batalla de Chesme fué más un triunfo del momento que un medio para conseguir una paz gloriosa. La escuadra rusa necesitaba descansar durante algún tiempo de los esfuerzos que le había costado tan violenta acción, y entre tanto el barón Tott ayudó á los turcos á fortificarse en los Dardanelos. Quizá Alejo Orloff no supo aprovechar aquel momento favorable; quizá hubiera podido imponer la paz si inmediatamente después de la acción se hubiese presentado delante de los muros de Constantinopla (7). Muchos rumores circularon acerca de supuestas victorias posteriormente conseguidas por Orloff, pero carecían, según se demostró, de todo fundamento (8).

Al propio tiempo que en Chesme, conseguían los rusos por tierra importantes victorias sobre los turcos.

Catalina siguió con gran atención las operaciones de su ejército en el Danubio, y algunas veces, como por ejemplo cuando supo las devastaciones cometidas por las tropas rusas en las orillas del Danubio, ordenó que se mostraran más benignas y humanas. Estaba en continua correspondencia con Rumjanzoff y se enteraba de todos los detalles de la campaña. Pronto tuvo la satisfacción de saber la brillante victoria conseguida por Rumjanzoff en Langa (4 de julio), á la cual pocos días después siguió un segundo triunfo de las armas rusas cerca de Kagul (27 de julio); de modo que el gran visir tuvo que apresurarse á reparar el Danubio. En el otoño el conde Pedro Panin pudo apoderarse de la fortaleza de Bender, después de haberse rendido otras muchas plazas fuertes, como Ismaila, Kilia y Akkerman; y no tardó la de Brailoff en caer también en poder de los rusos (9).

(5) Orloff recibió el sobrenombre de Chesmenky. En las cercanías de San Petersburgo, se construyó un palacio de Chesme que después se convirtió por orden del emperador Nicolás en cuartel de inválidos militares. En Zarskoje-Sselo se erigió una columna en conmemoración de aquel suceso. Véase la *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 113. La misma Catalina se ocupó en meditar una inscripción propia para este monumento. Véase la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 60. El pintor Hackert pintó, por encargo de A. Orloff, un cuadro que representaba el incendio de la escuadra turca. Véase Castera II, 19; Helbig «Favoritos rusos», pág. 294.

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 38-42. Respecto á la medalla de Chesme. XIII, 120-144.

(7) La opinión de Tott ha de ser tomada en cuenta con gran circunspección.

(8) Ssolowieff XXVIII, 139. Véase la carta de Catalina á Panin. Hállase una interesante nota diplomática de A. Orloff á los cónsules de Smirna, en Ssolowieff, pág. 137-138.

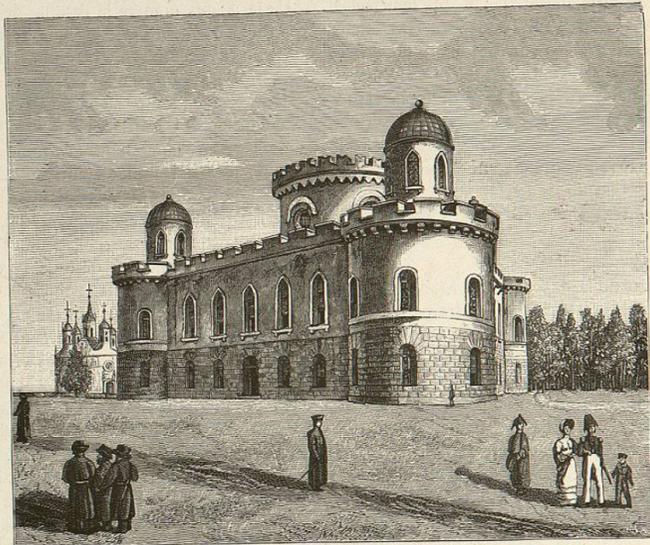
(9) Bernhardt («Miscelánea» I, 74) forma un juicio poco favorable de las dotes estratégicas de Rumjanzoff. Los servicios del paisanaje griego no pueden ser puestos en duda. Véanse, en la misma obra, pág. 83, los interesantes detalles acerca de la batalla de Larga y de la de Kagul: según ellos, esta última fué un combate sin importancia; á pesar de ello la influencia que ambas ejercieron fué considerable.

Rumjanzoff tuvo que luchar contra un contingente de tropas turcas muy superior en número al suyo; por eso sus victorias fueron mas importantes. En las Memorias de un contemporáneo encontramos la opinion de que la victoria de Kagul habia evitado un gran peligro, del mismo modo que la de Poltawa en 1709 (1).

La emperatriz, que en esto se parecia á un corresponsal ó reporter oficioso, daba con gran satisfaccion cuenta de todos los sucesos á Voltaire, á la señora Bjelke y á otras personas, comunicándoles sus opiniones en tono de broma y usando ingeniosos giros. A veces hablaba con orgullo del bienestar de su imperio en medio de la guerra, y creia que una gran parte de la poblacion de Rusia no se resentia de sus efectos. Colmaba de alabanzas á sus generales, cuyas virtudes romanas encomiaba; decia, en broma, que la eterna repeticion de fra-

ses como las de «tal ó cual ciudad ha sido tomada» «los turcos han sido derrotados acá y acullá» comenzaba á hacerse pesada, escribiendo á veces, para romper la monotonía, que el sitio de Brailoff no habia tenido éxito alguno, etc. (2)

Federico II seguia con atencion suma la marcha de la guerra ruso-turca, y en sus cartas manifestaba continuamente su deseo favorable al triunfo de la emperatriz. Las felicitaciones que á esta enviaba cuando tenia conocimiento de alguna victoria del ejército ruso, estaban revestidas de las mas lisonjeras formas. En cierta ocasion dijo que el hecho de que el Mediterráneo se viese cubierto por buques rusos y de que la bandera rusa flotara en las ruinas de Esparta y de Atenas (sic), seria un monumento imperecedero de la grandeza y de la fama de la emperatriz y de su gobierno. Decia tambien que Constantinopla temblaria ante la sola



Palacio é iglesia de San Petersburgo, construidos en conmemoracion de la batalla de Chesme. Tomado del dibujo contemporáneo original de Schtschedrin, que figura en la coleccion del Sr. Pablo Daskoff, en San Petersburgo

presencia de la escuadra rusa; que el sultan se veria obligado á firmar la paz que la moderacion de Catalina le impusiera; y que de esta suerte quedaria coronado el edificio y Catalina podria contarse en el número de los mas grandes héroes de la humanidad. En otra carta, decia el rey que no sabia cuántas victorias mas debia desear á Catalina y que para no fatigarla esperaria á cada media docena de batallas ganadas, expresion que usó posteriormente en otra epístola. Tambien observaba que Catalina, desde su advenimiento al trono, estaba tan acostumbrada á las victorias, que podian parecerle pesadas todas las felicitaciones de la Europa que la admiraba (3).

Los triunfos conseguidos durante la campaña de 1770 aumentaron las esperanzas de una paz favorable que se acariciaban en San Petersburgo. La idea de emancipar por completo de Turquía á la Crimea, de convertirla en un Estado independiente y de preparar de esta suerte una

- (1) Runitsch, en la *Russkaja Starina*, II, 129.
 (2) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 22-52.
 (3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XX, 274, 277, 309, 311.

incorporacion del Estado tártaro á Rusia, adquirió cada vez mayor fuerza, comenzando á contarse ya con la seguridad de la libre navegacion del mar Negro. Catalina, en las discusiones acerca de este asunto sostenia la necesidad de ocupar el estrecho de Kertsch. Tambien se proyectó la ocupacion de una ó de varias plazas fuertes del Archipiélago, deduciéndose de todo ello que lo que á Rusia importaba era la libre navegacion desde el Mediterráneo el mar Negro.

El gobierno ruso creyó conseguir algo de esto por medio de negociaciones con el Khan de Crimea, sobre cuyo territorio creia poder ejercer una especie de protectorado. Los esfuerzos que por la via diplomática se hicieron para lograrlo no fueron del todo infructuosos; pues se formó el germen de un partido ruso en la Crimea y los agentes del gobierno ruso esperaron conseguir, con el tiempo, una gran victoria. Pedro Panin, durante el sitio de Bender, procuró entrar en relaciones con los tártaros de Crimea y trabajar entre ellos en pro de los intereses de Rusia (4).

Entre tanto se pensó en comenzar las negociaciones de paz con la Puerta: Gregorio Orloff fué quien habló de la

- (4) Ssolowieff XXVIII, 119-125.

necesidad de poner cuanto antes término á la guerra. La emperatriz tambien manifestó ardientes deseos de que se procurara evitar una tercera campaña, y redactó una Memoria sobre las medidas que debian adoptarse para conseguir este objeto (1). Al mismo tiempo, comenzaron las negociaciones con otras potencias para tratar de las condiciones bajo las cuales debia firmarse la paz; pero los trabajos diplomáticos no produjeron resultado alguno, teniendo, por ende, que pensarse en la continuacion de la guerra.

Gregorio Orloff habia presentado ya en 1770 al Consejo del Imperio un plan de guerra, segun el cual debia formarse una fuerte escuadra para las operaciones en el Danubio y para poder atacar á Constantinopla; y además de adoptarse este plan, se decidió organizar un ataque contra Crimea. El almirante inglés Knowles debia inspeccionar la formacion de la escuadra, punto al cual se dirigia toda la atencion de Catalina, como resulta de muchas de sus cartas (2).

El año 1771 fué pobre en victorias para el ejército del Danubio, que se encontró en situacion muy critica (3): en cambio Dolgoruky se cubrió de gloria con su expedicion á Crimea, durante la cual trabajó como general y como diplomático, consiguiendo apoderarse de Perekop, Eupatoria y Kertsch, y entablando negociaciones con los tártaros, que condujeron á una solucion en cierto modo definitiva. Rusia dominó, por lo menos temporalmente, en la peninsula del Tauró; y Catalina, al saber, por conducto de tres correos procedentes de Crimea, las tres grandes victorias consigui-

das en un mismo dia, escribió, llena de alegría, al príncipe Dolgoruky, manifestándole la satisfaccion que le causaba el hecho de que la bandera rusa ondeara en el mar Negro (4).

Pero pronto se vió que los trabajos militares eran de mas fácil realizacion que los diplomáticos. Era, en efecto, tarea difícil hacer de un Estado vasallo de Turquía un Estado independiente, es decir, sometido á la influencia de Rusia. Schegin Girei se presentó en San Petersburgo como embajador de Crimea; y se hicieron entonces por los rusos todas las ofertas imaginables para conquistarse las simpatías de los tártaros.

En marzo de 1771 habia llegado Alejo Orloff á San Petersburgo, para dar cuenta de la situacion en que se encontraba el Archipiélago: era preciso orientarse para responder á las exigencias que pudieran presentarse en las negociaciones de paz que se iban á entablar. En una sesion del Consejo del Imperio, á la que asistió la emperatriz, optóse Orloff á la adquisicion de ninguna isla en el Archipiélago. Los rusos tenian entonces en su poder no menos de 20 islas, y Catalina manifestó el deseo de conservar por lo menos una, «con lo cual los turcos tendrian continuamente á la vista una prueba de la superioridad de Rusia y observarían una conducta moderada.» Spiridoff además defendió la ocupacion permanente de la isla de Paros (5).

Pronto, empero, habian de nacer grandes dificultades que se opusieran á una paz favorable.

CAPÍTULO IV

PRIMERA DESMEMBRACION DE POLONIA. FIN DE LA GUERRA TURCA

Descontento motivado por los triunfos de Rusia.—Viaje de Enrique á Rusia.—El príncipe Enrique en San Petersburgo.—Accion de Federico.—Congreso en Fokschany.—Hechos de la guerra.—Paz de 1774

En aquella época, no le faltaron enemigos á Rusia: Francia fué la que mas trabajó en contra de los intereses rusos, sin por esto poder conseguir nada favorable.

Catalina simpatizó con Paoli, y entre sus papeles se encontró un borrador de manifiesto á los corsos, escrito de su puño (6). En las muchas cartas que dirigia á Chernyscheff, vemos el interés que por Paoli y por sus partidarios se tomaba, estudiando el mapa de Córcega, manifestando deseos de poseer el retrato de Paoli, y diciendo de los franceses que eran sus enemigos mortales (7).

Choiseul procuraba constantemente trabajar en Constantinopla

contra Rusia y al efecto envió al coronel Valcroissant para auxiliar en lo posible á los turcos. Lo propio se mandó hacer al baron Tott, é idénticas instrucciones recibieron los agentes franceses en Polonia. Choiseul y Chotinsky, embajador ruso en Paris, sostenian á menudo lamentables discusiones. Choiseul procuraba conseguir del Austria que se mostrara hostil á Rusia, y tan luego como tuvo noticia de la aparicion de la escuadra rusa en el Mediterráneo, envió un emisario á Constantinopla. En sus conversaciones con el embajador prusiano burlábase Choiseul del «nuevo fenómeno» de la «nueva potencia marítima,» pero al propio tiempo tenia que reconocer la energía del gobierno ruso (8).

Las intrigas de los franceses en Turquía excitaron la indignacion de la emperatriz, la cual en una carta dirigida á A. Orloff, comparaba la accion de los hombres de Estado franceses con la de turbulentos gatos (9). En otra carta á la Sra. Bjelke, hablaba de los *french dogs* (perros franceses) (10). La caída de Choiseul, ocurrida á fines de 1770, colmó de satisfaccion á

- (1) Ssolowieff XXVIII, 143-144.
 (2) Ssolowieff XXVIII, 212-217.
 (3) Véanse algunos documentos en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, IX, 420.
 (4) Ssolowieff XXVIII, 226. Cartas á Dolgoruky, á la señora Bjelke, etc., en el tomo XIII de la *Ilustracion de la Sociedad histórica*.
 (5) Ssolowieff XXVIII, 237. Los documentos á esto referentes están en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 64-67. Respecto de un documento á la ocupacion de las islas del Archipiélago, véase el *Archivo de Russky* 1872, II, 114.
 (6) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, X, 342-343.
 (7) *Archivo ruso* 1871, pág. 1318, 1319, 1321, 1331.

- (8) Ssolowieff XXVIII, 89-94.
 (9) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 81.
 (10) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 187.